

# Dios nos ama

Hna. Briege Mckenna

3

Ediciones Paulinas



**DIOS NOS AMA**

**Colección**

**VIDA**

**3**

**Hna. BRIEGE MCKENNA**

**Orden de las Clarisas**

# **Dios nos ama**

**EDICIONES PAULINAS**

*Con las debidas licencias*

© EDICIONES PAULINAS

Impresor: P.S.S.P., Vic. Mackenna 10.777

Santiago, abril 1983

Impreso en Chile - Printed in Chile

## INTRODUCCION

*Briege McKenna es una franciscana, hija de Santa Clara. Nació en Irlanda y vive actualmente en Estados Unidos, pero su ministerio la lleva con mucha frecuencia a diversas partes del mundo.*

*Durante su visita a Chile tuvo varias charlas en las cuales pudimos grabar sus enseñanzas. Al presentar aquí algunas de estas hemos procurado conservar su carácter de charlas vivas.*

*Leamos estas páginas con espíritu de oración. La hermana Briege nos comunica en ellas lo que ha visto y palpado del amor de Dios que tiene misericordia y sana. A través de su testimonio nos llega un mensaje vivo del Señor.*

Los editores.



## UNA HISTORIA DE AMOR

Voy a compartir con ustedes lo que a mí me gusta llamar "Una historia de amor". Es la historia de cómo el Señor tocó mi vida; a mí me costó mucho permitirle que tocara mi vida. Yo había hecho grandes planes para mi vida y pensaba que eran planes muy buenos. Pero el Señor tenía un plan diferente; y tuve que morir al plan mío para poder experimentar la libertad de Dios y su gozo.

A los 14 años y medio, Dios me llamó y fui a una Congregación de Clausura, a ver si me aceptaban. La Madre Superiora me dijo: "No; demasiado joven". Unos meses más tarde volví. Finalmente, a la edad de 15 años, fui aceptada en las Clarisas.

### *La enfermedad*

Yo tenía grandes planes de lo que yo iba a hacer para Dios; no era tanto lo que El iba a hacer para mí. Yo le iba a ayudar a El. A los 18 años, ya había hecho los votos; pero, de repente, me enfermé de artritis reumática y estuve muy mal. Por un año, tuve que tener los pies enyesados para prevenir deformaciones.

En ese tiempo, yo habría dicho: "Yo conozco a Jesús". Pero, ahora, mirando hacia atrás, veo que en ese tiempo yo conocía "acerca" del Señor, pero

no lo conocía a *El*. Hay millones que conocen acerca de Dios, pero conocer cosas acerca de Dios no cambia la vida; sólo el conocerlo a *El* cambió mi vida.

Durante ese tiempo, en que estaba en el Hospital, yo pensaba: "Bueno, esto tengo que ofrecerlo al Señor. Esta debe ser la voluntad de Dios para mí". ¿Ven la contradicción que hay aquí? Cuando estamos enfermos, buscamos por todos los medios alivio médico, pero, tratándose de la oración, decimos: "Quizás no es la voluntad de Dios que yo esté sana".

Pero, además, yo tenía la idea de no ser lo suficientemente buena; si yo fuera verdaderamente santa, entonces, quizás, Dios me sanaría.

También entendí que, al declarar que la enfermedad era la voluntad de Dios, yo evitaba encarar el problema. Porque, en realidad, en lo más profundo de mi ser, no creía en el poder de Dios para sanar en estos tiempos.

Por lo demás, me parecía ver muchas otras cosas mucho más importantes en mi vida que necesitaban sanación. Pero, hermanos, todo lo que hay en mi vida le importa íntimamente a Dios, porque para *El*, siempre soy importante.

Finalmente, en 1967, vine de Irlanda a Florida, en Estados Unidos. Esperaba que el clima de Florida me ayudaría un poco, pero en lugar de eso, mi salud empeoró. En 1969, el doctor me dijo, después de recetarme Cortisona 9 veces al día, que no podía hacer nada más por mí y que yo, a partir de los 30 años, tendría que pasar el resto de mi vida en una silla de ruedas.

Durante ese año, entró en mi corazón un hambre de conocer al Señor. Yo era fiel a mi oración, pero sentía como que había algo que faltaba en mi vida espiritual. Me di cuenta de que todo lo que hacía lo estaba haciendo sola. Si iba a una cárcel para visitar a los presos, creía que era mi responsabilidad cambiarlos a ellos. Era profesora de primer grado y también veía ese trabajo como *mi* responsabilidad; yo tenía que moldear a los alumnos, formarlos y enseñarles a Jesús. Siempre era lo que yo hacía.

### *Una curación milagrosa*

A comienzos del año 1970, fui a un retiro. Durante ese retiro, escuché una charla acerca del poder de la oración. Muchos habían orado por mí antes, muchas veces, pero cuando oraban por mí, yo presentaba mi lista delante de Dios de lo que yo quería.

Fue en ese domingo de 1970 que escuché una disertación muy preciosa de lo que quiere decir el Bautismo en el Espíritu Santo. El sacerdote explicó que en el Bautismo recibimos un don; es como cuando una persona, en su cumpleaños, recibe un regalo; quizás es muy lindo el papel que lo envuelve; pero si sólo admiramos el papel y jamás abrimos el regalo, nunca podremos usar lo que está dentro. En el Bautismo, cada uno de nosotros recibió un regalo, pero muchos de nosotros jamás hemos abierto ese regalo para ver qué hay dentro. No estamos conscientes que Jesús nos dijo que nos enviaría Su Espíritu, y que Su Espíritu nos fortalecería y nos enseñaría. Y todo lo que yo estaba haciendo, lo estaba

haciendo sola. Nos dijo: "Oren simplemente y pidan la gracia para desenvolver ese regalo y dejen que el Espíritu llene a ustedes en todo su ser".

Cuando yo lo escuchaba, no estaba pensando en mi condición física, pero sí tenía esa larga lista de mis peticiones. Y pensé: "Si este hombre ora conmigo, entonces sí que voy a recibir todo lo que quiero". Esa es una equivocación muy grande, en la que, a veces, caemos. Yo miraba a ese hombre; él era el que iba a responder.

Muchas veces, quebrantamos así el primer mandamiento y ponemos la esperanza en las personas, como si fueran Dios. Ninguna persona puede traerte salud, paz, fortaleza o valentía, si no es el Señor Jesucristo. Lo único que Dios pide de nosotros es que seamos como alambres eléctricos, El es la corriente. Ese alambre no sirve para nada si no hay una corriente que fluye por él.

El Señor me enseñó esa lección cuando yo miraba a ese hombre; en mi espíritu escuché que me dijo: "Buscame a mí". Cerré los ojos y lo único que pedí fue: "Jesús, ayúdame por favor".

En ese momento, sentí una mano que tocó mi cabeza; pensé que ese hombre había venido y me tocaba la cabeza; abrí los ojos y no había nadie ahí, pero entró un poder en mí y empezó a pasar por todo mi cuerpo. Muchas veces lo he descrito como cuando le quitan la cáscara a un plátano. Era como si alguien me estuviera quitando la cáscara y yo estaba siendo liberada. En el momento en que pasó esta corriente por mi cuerpo y entró en mis piernas y mis pies, los pies se enderezaron y quedé completamente sana.

## *Entrega incompleta*

Esta sanación física fue muy pequeñita comparada con lo que Dios hizo en mí espiritualmente; porque, en ese día, me encontré con Jesús. Me sentí igual que esos dos hombres que iban a Emaús; mis ojos se abrieron y estuve muy consciente de la presencia de Jesús, ahí a mi lado. Sin embargo, aunque respondí a El que lo amaba y vi como me sanó, había una parte de mi vida que yo temía aún entregar al Señor.

Yo tenía mucho temor de las curaciones milagrosas, porque no sabía en realidad de qué se trataba. Por eso me dije en mi interior: "No le voy a comunicar a nadie esta curación, sino sólo a mi congregación; porque, si la gente sabe que he sido sanada, van a empear a asociarme con una curación" (En la región de Irlanda de donde vengo, hay mucha superstición y muchas curaciones supersticiosas y yo no quería desprestigiarme).

Volví de ese retiro y desde ese día hasta hoy, nunca he tenido ningún dolor más. El médico me suprimió todo tratamiento y empecé a trabajar con jóvenes y a hacer todo tipo de cosas para el Señor; sin embargo, jamás di testimonio a nadie acerca de mi curación física.

Muchas veces me decía: "Esto no tiene que ver con nadie, sino sólo conmigo". Pero ahora miro hacia atrás y me doy cuenta de que invité a Cristo a entrar en mi vida, pero bajo mis condiciones. Era como si yo invitara a una persona a mi casa y le dijera: "Puedes entrar en todas las partes que quie-

ras", pero guardaba para mí un cuarto con un letrero: "Reservado, no entrar". Creo que eso es lo que el Señor nos estaba diciendo esta mañana: "Ustedes, sí me aman; pero todavía hay unas áreas en sus vidas de las cuales Yo no tengo el control". Tenemos que abrir cada parte de nuestra vida; Jesús debe ser el Señor de todo nuestro ser. Para mí, esto fue muy difícil.

Así llegó la noche antes de Pentecostés, 6 meses después de que yo había recibido mi curación, y, esa noche, entré a la capilla para pasar un tiempo en oración. Estaba sola, como a medianoche, ante el Señor. Muchas veces había escuchado, todos hemos escuchado: "El Señor está presente contigo".

Durante esa hora en la capilla, me encontré muy distraída y empecé a pensar que quizás era mejor irme a la cama. Pero, de repente, se produjo una gran quietud en esa iglesia y en esa quietud y silencio, escuché una voz audible; era una voz muy profunda y tierna, una voz masculina, que dijo: "Briege" (Me llamó por mi nombre). Me di vuelta para ver si algún hombre había entrado en la capilla. No había nadie, pero entonces escuché de nuevo esa voz: "Briege, tienes mi don de sanación, ahora ponte a usarlo". ¡Era lo menos que yo quería escuchar en ese momento!

Y cuando me volví de nuevo hacia el altar, sentí una onda de calor que pasó por mis brazos y después todo desapareció. No me sentí de ninguna manera diferente de lo que antes me había sentido. Así que me arrodillé y dije: "¡Dios mío! ¿Qué me está sucediendo?" Entonces pensé algo que, muchas veces, sirve de escapatoria para los cristianos: "Esto

no es más que orgullo; es el Diablo". Cuando no queremos hacer algo, es muy fácil culpar a otros. Hice un acto de contrición y dije: "Señor, aun si es cierto, no lo quiero; es demasiada complicación para mí".

Durante las próximas semanas, seguí escuchando una voz dentro de mí, una y otra vez. De Florida fui a California. La noche que llegué, estaba en una reunión de oración y había a mi lado un sacerdote anglicano. Durante la reunión, ese sacerdote puso su mano sobre mi brazo y me dijo: "Mire, yo jamás he hablado con una monja católica, pero tengo un mensaje para usted. Usted tiene el don de sanación y sabe lo que tiene, porque Dios ya le ha hablado". Yo miré a ese sacerdote y pensé: "Pero si yo soy católica y él es anglicano, ¿cómo va a saber él?" (Yo vengo de Irlanda del Norte y he declarado varias veces: "Yo no tengo ningún prejuicio, yo amo a todos los cristianos"; pero, en realidad, no creía lo que decía. Y ahora el Señor me mostró que yo necesitaba esa sanación de los prejuicios).

El sacerdote me miró de nuevo y me dijo, como si ya supiera todo acerca del caso: "Dígame ¿qué le sucedió hace dos semanas en la iglesia?" Yo le contesté: "Mire, no lo creo ni lo quiero". Y, entonces, de una manera muy delicada, ese sacerdote cuyos ojos parecían penetrarme, me dijo: "¿Sabe usted? Dios está llamando a su corazón. Debe escucharle". Pero yo ya había decidido en mi mente: yo no iba a hacerme la loca.

Salí de esa reunión y durante semanas y meses, me sentí buscada insistentemente por Dios, como el alma en el poema "El Mastín del Cielo". Dios me hablaba a través de personas que no me conocían y de otras que no parecían espirituales. Por ejemplo, me preguntaban: "¿Cuándo vas a usar los dones que Dios te ha dado?" Yo percibía la voz de Dios a través de las palabras de ellos.

Recuerden que el Señor continuará llamando a la puerta de nuestros corazones, pero jamás entrará por la fuerza en nuestras vidas. Siempre esperará. Esperará hasta que lo dejemos entrar.

Cuando regresaba yo a Florida en el avión, abrí la Escritura en ese pasaje que habla de la tempestad: cómo Jesús se puso de pie, extendió la mano y calmó la tempestad. Y mientras leía esto, escuché que el Señor me dijo: "Sí, tengo control sobre los elementos del universo, pero no sobre ti. Tú tienes una voluntad libre y solamente tú puedes dejar que YO tome el control de tu vida".

Esto es importante para los que ministramos o servimos a los demás: podemos atraerles y presentarles al Señor Jesús; podemos ser señales que indican a El; pero esa decisión y ese compromiso tienen que venir de la persona. Soy yo quien tiene que aceptar a Cristo en mi vida.

Ese día en el avión, caí en la cuenta de que yo tenía que tomar una decisión; ¿iba a decir SI, como María dijo SI cuando recibió ese gran llamado? Y para todos nosotros, el decir SI al Señor significa

morir a nuestros planes, para que podamos vivir plenamente el plan de Dios. Porque Dios tiene un plan para cada uno de nosotros. Y somos como los pedazos de un puzzle; nos gusta ponernos nosotros mismos en diferentes lugares, pero Dios quiere ponernos en el lugar en el que formaremos una perfecta imagen después.

Ese día, cuando viajaba en el avión, hice un trato con el Señor; dije: "Señor, estoy dispuesta que Tú me uses" y le expliqué al Señor que yo ya no iba a reservarme más, pero que esto yo no se lo iba a decir a ninguna persona. "Tú serás el que tienes que decirle a las personas y yo oraré por ellas". Y lo dejé así.

Tenemos un Dios que es grande en misericordia y comprensión. A veces nos impacientamos mucho con otras personas porque no ven las cosas como nosotros las vemos. Queremos levantarlas adonde estamos nosotros; pero yo puedo decir que Jesús bajó al nivel donde estamos nosotros.

Dos o tres semanas más tarde, me pidieron una enseñanza en una reunión y antes de esa reunión, yo sabía exactamente lo que iba a decir. Abrí mi boca y mi voz no me perteneció; no la dirigí; ¡me encontré diciéndole a todos lo que había declarado al Señor que jamás diría a nadie!

Me senté e inmediatamente después, se puso de pie una señora y me dijo: "Hermana, yo soy una escritora y he venido esta tarde para encontrarme con usted. El sábado pasado, el Señor me mostró su imagen y me reveló que Ud. tenía mucho temor de El y que El la llamaba; que Ud. quería señales y que yo tenía que venir a Florida para confirmarle

lo que Ud. acaba de contar. ¿Ve a esa hermana que está allá? Yo ya le conté a ella todo acerca de Ud. una hora antes de que usted llegara esta noche". Entonces le pregunté: "¿Cómo puede conocerme si jamás me ha visto antes?" Dijo: "Sí, estaba sentada a su lado en un retiro hace unos años" (Ella se había sentado a mi lado el día en que recibí mi sanación física). Cuando el Señor le mostró a ella mi imagen, ella me reconoció.

Ahora bien, después de que habló ella, vino la enseñanza más grande. Yo todavía estaba un poco aturdida y me dije: "No. No saldrá ningún artículo en ninguna revista sobre mí". Pero entonces escuché lo que decía el Señor: "¿Por qué tienes tanto temor? YO me hice obediente a María y a José; me hice obediente a mi Padre hasta la muerte; esperé 30 años en la obediencia y en sujeción a los demás. Si crees en ese voto de obediencia que has hecho, entonces cree también que seré Yo el que obre por medio de tus superiores. Cree que si ésta es mi obra, Yo abriré las puertas". Con estas palabras, vino un gran sentido de libertad. Ahí supe que si yo era obediente al Señor, Dios obraría también a través de las personas que estaban por encima de mí.

### *Entrega completa*

Volví a casa y le conté todo a mi superiora. Casi la maté de espanto. Pero Dios no dejó de obrar ahí, porque, a la semana siguiente, una mujer trató de

quitarse la vida. En su desesperación, había dejado de lado a Dios. Sin embargo, un día vino a la iglesia, por curiosidad. No creía, pero quería conocerme. En la mitad de la reunión, se puso de pie diciendo: "No creo en la oración" y se fue. Esa noche, en un sueño, Dios permitió que yo llegara a ella y le rogara que volviera a El para que la pudiera sanar. Ella fue sanada espiritual y físicamente. Con este hecho me di cuenta de que ya no podía decirle un SI limitado al Señor; debía abandonar mis defensas y decir: "Señor, te doy un SI total y completo".

Entonces vi cómo el Señor fue quitando cada obstáculo que yo le había puesto. Yo había dicho: "Mi congregación no me va a aceptar". Hoy, mi congregación está apoyándose totalmente. Mi obispo ora a menudo por mí y me encuentro dando enseñanzas continuamente en las iglesias. ¡Yo le había dicho al Señor que me iban a echar!

Cada uno de nosotros es llamado a ser instrumento de sanación, porque es el amor lo que sana y cada uno de nosotros está llamado a amar. Cuando yo fui a un sacerdote para consultarle, me dijo algo que siempre he recordado: "Briege, hace 2.000 años, el Señor Jesucristo andaba sobre la tierra, extendía su mano y sanaba a los enfermos, deprimidos, desanimados; sanaba todas las dolencias con que se encontraba. Han pasado dos mil años, pero Cristo camina aún sobre esta tierra; las manos que El tiene hoy día son las tuyas y las mías; el corazón que El tiene hoy es mi corazón, a través del cual El quiere amar y dar vida. Solos, nada podemos hacer; no tenemos poder para cambiar ni sanar, pero por-

que vive en nosotros el Cristo resucitado, somos canales de ese poder de resurrección”.

### *La verdadera curación*

En estos 7 u 8 años, Dios me ha enseñado varias verdades sobre la curación. Ante todo, me hizo comprender que sanar físicamente era sólo un pétalo de la flor. Había otros muchos: sanar del pecado, de las angustias, de los resentimientos, de las preocupaciones económicas y sociales.

He visto todo tipo de curaciones. Pero la sanación más grande que veo a cada rato, es la resurrección de vidas; personas muertas espiritualmente que nacen a una nueva vida. Estoy consciente, ahora, que hay muchos que no creen en el poder de la oración. Sé que ninguna oración queda sin respuesta. No siempre estamos conscientes de lo que necesitamos, pero nuestro Padre conoce nuestras necesidades. La enseñanza más grande que he aprendido es que no hay fracaso con Dios.

Un año después de ser llamada a este ministerio, yo oré para que el Señor me diera alguna manera de mostrar cómo era el poder de la oración el que sanaba; no era yo ni ninguna otra persona la que sanaba. Entonces el Señor me mostró una imagen mental: un teléfono. El teléfono se usa como un medio de comunicación y que El utilizaría ese medio para liberar a muchas personas de los sufrimientos de esta vida.

Me maravillo cuando voy a países, aun esos países donde no hablo su lengua y hay gente que me

llama por teléfono para comunicarme sus enfermedades. Esas personas ni saben lo que estoy diciendo, pero estamos juntos delante de Dios en oración y Dios me ha mostrado que El no tiene limitaciones. A Dios le encanta sanar a Su pueblo, para que Sus hijos estén íntegros y sanos.

Recibí otra lección: que la sanación es algo muy suave. Vivo en el sur de Norte América, donde hay muchas sesiones públicas de sanación; ahí veía cómo muchos temblaban y caían al suelo, con toda clase de emociones. Y yo me preguntaba si todo eso conducía realmente a la sanación. El Señor me mostró que, en realidad, las emociones, los sentimientos, las sensaciones, no son lo más importante en la sanación.

He visto a muchos que son liberados y sanados: de todo tipo de cáncer, de leucemia, de ceguera; sin embargo, no sintieron nada. Hermanos, el Señor Jesús es El Sanador, no somos nosotros los que traemos curación; lo único que el Señor nos pide es que seamos instrumentos disponibles y entregados.

Yo les pido, por favor, que no sean tan duros como yo fui, porque Dios tiene un plan y un llamado para cada uno de nosotros. Yo ingresé en una Orden con clausura y Dios cambió ese plan, porque después del Vaticano II ya no fuimos de clausura. A mí no me gustaba viajar; ahora estoy viajando todo el tiempo. Es un gran gozo saber que, cuando tú entregas todos tus planes al Señor, experimentas la mayor liberación; y lo que dijo Jesús es tan cierto: si buscamos primeramente el Reino de Dios, El nos dará todo.

Pídele a Dios, hoy día, durante tu oración: "Señor, entra en mi vida a esas habitaciones privadas". Quizás temen ustedes lo que otros van a decir. ¿Saben que yo quería agradar al hombre más de lo que quería agradar a Dios? A mí me preocupaba como me llamarían los hombres; pero, cuando Jesús murió en esa cruz, a los ojos de muchos, El era un loco y un fracaso. ¿Por qué? A causa de Su Amor por mí, El se derramó a Sí Mismo. Si quiero seguirlo a El, tengo que tomar mi cruz, morir a mi misma, para que El pueda vivir en y a través de mí. Pidámosle al Señor esa gracia para decirle SI.

### *Oremos*

Señor Jesús, te damos gracias y te alabamos porque nos has llamado a cada uno por su nombre; por favor, quita esos temores que tenemos. Muchas veces te miramos y decimos: "Señor, ¿por qué yo?" Y tú nos dices: "Es porque te amo". Ayúdanos a no resistirte; deja que yo sea barro entre Tus manos; moldéame y fórmame; quita de mí todo lo que impida que yo sea lo que Tú quieres que sea. Ayúdame a no mirarme a mí mismo, ni a pensar que todo lo tenga que hacer solo. Enséñame a mirar hacia Ti, Tú has dicho que me tendrás Contigo. Te pido que nos bendigas este día y que nos muestres en que áreas de nuestras vidas te hemos excluido; en que áreas de la vida hemos permitido que otras cosas materiales sean el señor. Haznos conscientes de que estamos llamados a vivir para Ti, a servirte, a mo-

rir a nosotros mismos este día. Que seamos como Tu Madre; que también nosotros digamos SI al Padre, para que, por medio de nosotros, oh Jesús, Tú puedas tocar a Tu pueblo. Lo pedimos en Tú nombre. Amén.



## **DIOS QUIERE SANARNOS**

### *El Gran Sanador*

Sabemos que Jesús es El Gran Sanador. Hay un pasaje en San Mateo, capítulo 9, donde se nos cuenta que Jesús caminaba visitando las aldeas y los pueblecitos, enseñaba en las sinagogas y predicaba la Buena Nueva a los pobres; sanaba a Su pueblo de toda clase de dolencias y cuando veía las multitudes, Su corazón se llenaba de compasión porque estaban tan ansiosos y tan desamparados; eran como ovejas sin pastor. Y de nuevo escuchamos al Señor: "Nadie que viene a mí es rechazado".

Una y otra vez, cuando Jesús caminaba por esos caminos y senderos, extendía Su mano y tocaba a Su pueblo; no sólo los tocaba y sanaba físicamente, sino que la sanación más grande que les daba era la sanación espiritual. Los traía a la plenitud, a la sanidad, para que pudieran conocer al Padre.

Muchas veces, cuando oímos hablar de sanación, nos imaginamos de inmediato a una persona que está enferma en el cuerpo y si nosotros no tenemos ninguna enfermedad física, pensamos: "Bueno, yo no necesito sanación". Pero cada uno de nosotros aquí necesita sentir el toque sanador de Dios. Tenemos que mantener los ojos fijos en Aquel que es El Sanador.

Hace algunos meses me sucedió algo muy divertido. Como saben ustedes, por medio del teléfono oro a todas partes del mundo. Una mañana recibí una llamada telefónica en el Convento donde vivo. La voz dijo: "Buenos días, ¿quiere comunicarme con el Departamento de Sanación?" Me pareció cómico, pero juzgué conveniente hacer algunas preguntas. Así es que dije: "Bueno, ¿con quién quiere Ud. hablar?" y con mucha sinceridad, la persona respondió: "Me gustaría hablar con el Jefe del Departamento de Sanación". Yo le dije: "Bueno, el Jefe del Departamento de Sanación está siempre a su disposición, ¿por qué no oramos al Señor ahora mismo?"

Hermanos, podemos decir que tenemos el privilegio de estar, en este momento, en la presencia del Jefe del Departamento de Sanación.

Antes de orar por ustedes, quiero compartir algunos testimonios y enseñanzas acerca de la sanación.

### *Un SI a Dios*

Muchos se confunden, miran la sanación como algo mágico. Tenemos el gran privilegio de poder volvernos hacia nuestro Dios en la oración. Sabemos que Jesús nos prometió que ninguna persona que viniera a El sería desilusionada. A veces me preguntan: "Hermana, ¿siempre responde Dios a toda oración? Sabe usted, yo oré y no pasó nada. Estaba enferma y no me sané". Sin embargo, tengo que decir que, desde el comienzo del tiempo, Dios jamás

le ha fallado a ninguna persona. A veces yo no sé qué es lo mejor para mí. Y yo les digo: "Sí, creo que toda oración es respondida. No quizás en la forma en que me imagino que debe ser respondida, pero mi Padre ve aquello que es lo mejor para mí".

Quiero compartir con ustedes un lindo testimonio de cómo Dios me enseñó esta verdad a mí. Una noche vino al Convento un señor, llorando. Tenía una hijita que estaba muy enferma con leucemia. Estaba desesperado y me repetía todo el tiempo: "Tiene que hacer algo por mi hija". Llegué con él al Hospital para ver a su hijita y al mirarla noté que estaba sumamente enferma. Por la misma compasión que yo sentía por el padre, habría sido muy fácil para mí decirle: "No se preocupe, va a estar bien". Eso era verdad, Dios iba a cuidar de ella, pero tenemos que recordar que no siempre debemos dejar que sea nuestra simpatía, nuestra compasión, la que hable, sino el Señor.

A mí no me ha llamado el Señor para decirle a la gente: "Mira, Dios te va a sanar de la manera que tú quieres". Pero, como cristiana, estoy llamada a ser una señal de esperanza para aquellos que están en necesidad. Yo sé que mi Dios puede cuidar de ellos.

Así le hablé a ese padre, pero él no podía aceptarlo. Me repetía: "No, no puedo ver que mi hija se la lleve Dios; he sido fiel a Dios ¿por qué me está haciendo estas cosas?" Yo oré por esta niña para que Dios la sanara. Y después de hablar con él, me di cuenta de que él no podía escuchar mis palabras porque tenía tanta ira en el corazón. Sin embargo,

yo sabía que yo tenía la libertad de interceder a Dios en el lugar de él.

A veces nosotros pedimos disculpas, diciendo: "Me gustaría poder hacer más, pero voy a orar". ¡Como si ese no fuese el don más grande que le podemos dar a los demás! Tomé las manos del hombre y oré pidiendo que Dios le diera la gracia para aceptar Su voluntad.

Tres días más tarde, recibí un llamado telefónico. La pequeña Helen había muerto. Fui al funeral y cuando vi al padre al lado del ataúd, vino hacia mí, me abrazó y esto es lo que me dijo: "Hermana Brieger, ahora conozco en verdad lo que quiere decir la sanación. *Sanación significa decir SI a Dios*. Cuando miro a mi hijita, la única hija que tenía, hay tristeza en mi corazón, pero hay un tremendo sentimiento de paz. Dios me ha dado la gracia para aceptar Su Voluntad. Hace dos semanas y aun hace dos días, yo no podía aceptar Su Voluntad. Pero ahora entiendo lo que usted me dijo la otra noche; que Dios jamás le falla a Su pueblo. Mi hijita fue sanada y llevada al Reino donde Dios quiere que esté. Y a mí el Señor me sanó y me ha dejado aquí para contar y testificar acerca de Su fidelidad".

El caballero vino a mi clase de primer grado y compartió con los niños que Dios *SI* había contestado sus oraciones y ahora él podía decirle "gracias" a Dios por esta fortaleza que había recibido.

Desde ese momento, fui muy consciente de que eso es lo que quiere decir "sanación", *poder decirle SI a nuestro Dios*. Entonces se producen grandes sanaciones, tanto físicas como espirituales y psicoló-

gicas. Dios nos ha llamado a ser un pueblo de esperanza y de confianza.

### *No desanimarse*

Nunca pienses, sólo porque no ves de inmediato una respuesta a tu oración, que tu Dios no te está escuchando. Recuerda la parábola en el Evangelio (Lucas 11,5-10) de esa persona que llamaba continuamente a la puerta; así también Dios nos llama a nosotros a perseverar en la oración. Y esa fue la primera gran enseñanza: debemos perseverar en la oración para que tú y yo podamos decirle SÍ al Señor.

Muchos de los que oran por otros para sanación física, los hacen sentirse culpables cuando no son sanados; pero quizás, Dios, en su Sabiduría, tiene otros planes por el momento. Puedo decir, de mis viajes alrededor del mundo, que si miramos a la enfermedad física, ella puede hacernos dos cosas: o bien llevarnos a alejarnos de Dios cuando nuestra disposición y actitud son incorrectas, o bien puede acercarnos más al Señor.

Estoy segura que ustedes están muy conscientes y conocen muchos casos de personas enfermas quienes, gracias a esta cruz, se vuelven hacia el Señor. Por eso, el Señor nos envía al mundo para ser personas de esperanza, para señalar hacia el Señor. Cuando te encuentras con personas que tienen problemas, no importa cuales, no es responsabilidad tuya ni mía la de sanarlos. Lo que Dios me pide es que los comuniquemos con Dios.

## *La fe*

Otro problema que muchos me plantean, es éste: "Hermana, no creo que tenga una fe suficiente". Hermanos, la fe es un don que Dios nos da, tú no hiciste nada para merecer esa fe, esa fe vino como un regalo de Dios, y si tú continuamente le dices a un niño que está aprendiendo a caminar: "No puedes caminar, no puedes caminar", ese niño jamás aprenderá a caminar. Si continuamente me estoy diciendo a mí mismo: "No tengo la fe suficiente", o si continuamente le estoy poniendo estos obstáculos negativos a los demás, diciéndoles: "Tú no tienes una fe suficiente", aun esa fe que tengan no la podrán ejercitar. Aunque nuestra fe sea tan pequeña como un grano de mostaza, a lo que Dios nos llama es a ejercitar esa fe que tenemos.

Muchas veces confundimos nuestra fe con nuestros sentimientos. Los sentimientos no son la fe. Los sentimientos cambian. Muchas veces, cuando yo oro con las personas, no siento entusiasmo para orar con ellas; pero es una decisión mía; Dios me llama a dar ese paso.

No te estés diciendo a cada paso: "Mira, si yo tuviera más fe entonces sanaría". Ejercita y usa esa fe que sí tienes y esa fe crecerá. Recuerda que Pedro tuvo que usar la fe que tenía para salir de la barca; así pudo Dios hacer ese milagro de que él caminara sobre las aguas.

## *EL perdón*

Hay otra área muy importante en la sanación, es la del perdón. Creo que no perdonar es el obsáculo más grande al amor de Dios que sana y libera. Quiero compartir otro testimonio, que muestra cuán importante es, delante de Dios, el estar libre de amargura y de ira.

Me llamó un día un sacerdote a un Hospital, donde había un niño de 8 años que había sido atropellado por una moto. El sacerdote me pidió por favor, que hablara con los padres del niño, porque estaban muy angustiados. Cuando entré al Hospital, me encontré con el padre. Estaba muy afligido y me dijo: "Hermana, soy un católico alejado y Dios me está castigando porque he dejado de ir a la Iglesia". Yo le dije: "Mire Señor, ese no es el Dios que tenemos. Ahora mismo, usted se siente culpable, porque sabe que el accidente no es la voluntad de Dios para usted, pero recuerde la historia del hijo pródigo. Ahora es el momento de reconciliarse con Dios, por favor, no crea que Dios permitió este accidente a causa de Ud.". Esta sí era una oportunidad para que él se reconciliara con Dios y volviera a El.

Entré a la sala y ahí estaba el niño en coma. La madre me contó lo que había pasado. Me dijo: "Hermana, éste es mi único hijo. Hace una semana estaba ahí jugando en la calle y un niño de 17 años dio vuelta la esquina, lo atropelló y dañó su cerebro". Y añadió: "¿Sabe Hermana? Yo odio a ese niño porque jamás volvió para pedir disculpas. Ayer, después de una operación de seis horas, me dijeron

los doctores que este hijo mío va a quedar como un vegetal". También esta señora sentía gran enojo contra los doctores, porque uno de ellos había pasado para decirle tranquilamente que no había esperanza. Entonces ella terminó con estas palabras: "Yo no quiero que se vaya este niño, aunque Dios lo quiera, porque es *mi* hijo".

Traté de ponerme en su lugar y sentir lo que ella sentía y me dije: "Yo sé que si estuviera en su lugar y este fuera mi hijo, yo sentiría lo mismo que ella siente". Yo sabía que, en ese momento, esa señora necesitaba consuelo, pero también sabía que necesitaba que alguien le aclarara la verdad.

Le dije: "¿Sabe señora? Antes de orar con usted, le voy a pedir que haga tres cosas: primero, que esté dispuesta a perdonar a ese niño de 17 años. Inmediatamente me dijo: "Jamás". Le dije: "En segundo lugar, quizás usted esté dispuesta a considerar a los médicos como un gran don de Dios a nosotros y a perdonarlos. Tenemos que reconocer que Dios obra por medio de los médicos". Pero tampoco estuvo de acuerdo la señora. Le expliqué: "Bueno, quizás usted no sienta que puede perdonar, pero pídale al Señor que le de la gracia para poder perdonar". Por último, añadí: "¿Sabe? Ud, tiene que estar dispuesta a entregar. Recuerde cómo Dios pidió a Abraham su propio hijo, que se lo diera a El y cuando Abraham estuvo dispuesto a entregar a su hijo en sacrificio a Dios, entonces Dios se lo devolvió. Ud. tiene que estar dispuesta a dejar que Dios se lleve a este niño si esa es Su Voluntad. Ahora recuerde: nada es imposible para Dios, porque Je-

sús es el Gran Médico; pero usted tiene que estar dispuesta a perdonar y a entregar”.

En ese momento, la señora no podía aceptar estos consejos, así es que oré por el niño y, como una semana después ella me llamó. Le habían dicho que tendría que dejar a su hijo en una institución para toda su vida. Me dijo: “Por favor, vuelva. Estoy desesperada”.

Tengo un gran amor por Nuestra Señora de Lourdes y llevé conmigo un poco de agua de Lourdes. Volví y le dije exactamente las mismas cosas que le había dicho la semana anterior. Entonces añadí: “Quiero que todos los días haga sencillamente la señal de la cruz y use esta agua. Recuerde que nuestra Madre intercede por nosotros. Ella fue una madre que vio sufrir a su Hijo. Pídale a ella, como madre, que interceda ante su Hijo Jesús para que le de fuerzas”. Y me fui.

Antes de una semana me llamó de nuevo por teléfono. No me dio noticias, solamente dijo: “Por favor, veriga al Hospital”. Cuando entré en la sala, el niño estaba sentado en la cama mirando televisión.

Ésto es lo que sucedió. Y quiero que vean cuán importante es el perdón en este asunto. La madre dijo que, venciendo sus sentimientos de odio, ella había ido donde el joven y aunque no lo sentía, le dijo: “Te perdono”. También le pidió al Señor que la perdonara por haber juzgado a los doctores, condenándolos como crueles. Y me añadió: “Hermana, la cosa más difícil que he hecho en toda mi vida, la hice ayer. Me arrodillé junto a la cama de mi hijo y dije: Señor, llévatelo, haz lo que Tú quieras con

él". Dijo que fue entonces cuando recibió una gran sensación de paz y un saber que todo iba a resultar bien.

Continuamente repetía el nombre de ese niño: Carl. Se suponía que Carl había quedado totalmente ciego y que ni siquiera podría moverse nunca más. Pero dos días después había abierto los ojos y comenzado a responder. En una semana, todos los pediatras del Hospital habían venido a visitarlo en su pieza. Lo conocían como el "niño-milagro" del Hospital.

Yo lo había ido a ver un martes, el viernes volvió a su casa y el lunes siguiente fue a la escuela.

En el diario de la localidad donde vivo, apareció un hermoso artículo explicando cómo la oración, junto con los médicos, habían influido en la sanación de este niño. Casi un año después, su mamá me escribió una linda carta: decía que Carl acababa de confirmarse y era perfecto en todo sentido: psicológica, mental y físicamente. Como resultado, toda la familia acude fielmente a la iglesia y también, muchas otras personas que estaban lejos del Señor en sus vidas fueron atraídas a El por esta curación.

### *Dios siempre escucha*

Hace poco recibí una llamada telefónica en favor de un hombre que se encontraba a unos 3 mil kilómetros de mí. Me pidieron que orara por él, porque estaba muriendo de leucemia. Oré por él por telé-

fono pidiendo su salud y también por sus intenciones y todo lo que tuviera importancia en su vida. Siempre lo hago así.

Como tres semanas más tarde, su esposa me llamó muy animada. Me dijo: "Hermana, algo muy hermoso sucedió después de nuestras oraciones, mi esposo es un hombre anciano y, en su corazón, llevaba por muchos años una gran carga. Somos una familia muy católica y educamos a nuestros hijos en la fe; pero uno de nuestros hijos se había alejado completamente de Dios y profesaba ser ateo. Mi esposo rogaba para que, antes de morir, pudiese ver a ese hijo volver a Dios. Pero cada vez que le hablábamos, este hijo decía: No quiero escuchar esas cosas". Ese día que me llamaron en favor del padre, quisieron que su hijo viniera al teléfono para hablarme, pero él dijo que no creía en esas cosas.

Tres días después de que oráramos por teléfono, una de las enfermeras vino a la sala y toda la familia estaba alrededor de la cama porque el padre estaba muy mal. Ella les dijo: "Tengo una cinta aquí y me gustaría que ustedes la escucharan. En esta cinta hay oraciones para sanar". Pusieron la cinta y este hijo, que tenía como 40 años, estaba sentado al lado de la cama de su padre (Sólo a la mitad de la cinta la mamá reconoció que en la cinta estaba hablando yo). Entretanto, el hijo estaba con la cabeza entre las manos llorando. La mamá se dio cuenta que lloraba. De repente el hijo se levantó y salió de la pieza. La madre sintió gran tristeza, pensó: "Señor, se ha ido de nuevo". Pero, como 3 horas después volvió, se arrodilló y habló al oído del padre; le dijo: "Papá, he vuelto al Señor, acabo de

hablar con un sacerdote y me confesé". Y la señora me llamaba para decirme: "Hermana, mi esposo recibió su sanación, porque ahora puede irse al cielo con paz y gozo".

Ahora bien, eso era muy diferente de lo que yo pensaba que tenía que pedir en la oración. Pero ya hemos oído: Dios conoce nuestras necesidades y El nos llama a no limitarlo a El a ningún lugar ni a ninguna intención que tengamos. Le dijo a los dos ciegos: "¿Creen que los puedo sanar?" Y a nosotros nos hace hoy esa pregunta.

### *De diferentes maneras*

Lo último que quiero decir: recuerden que la sanación viene de muy diversas maneras. Uno de los problemas en el ministerio de sanación es que muchos se sienten culpables después que otros han orado por ellos. Muchas veces me dicen: "Oraron por mí, ahora ¿debo dejar a un lado mis remedios?" Y siempre les digo: "Recuerden que Dios trae la sanación por muchos medios; uno de ellos es la profesión médica y los medicamentos que nos da". Les aconsejo que oren sobre esos medicamentos, entonces les traerán aun mayor sanidad que la que el médico esperaba con la receta.

Y recuerden, también de orar por sus médicos y por todos los que trabajan en hospitales o instituciones y de dar gracias a Dios por ellos.

Para poder experimentar al Señor, lo único que tienes que hacer es decir: "Señor, creo". Quizás no

sientas nada pero El está aquí y es en eso en lo que tenemos que concentrarnos ahora.

Pongámonos muy conscientes de que nuestro Dios está aquí en medio de nosotros. Quisiera recordar la historia del ciego Bartimeo. Un día Jesús caminaba por la calle con sus amigos y este ciego oyó que Jesús estaba pasando. No lo podía ver, pero había algo relacionado con Jesús que le dio esperanza. Así es que este pobre mendigo ciego empezó a clamar a grandes voces: "Jesús, ten misericordia de mí". Los amigos que estaban con Jesús se dieron vuelta y le dijeron: "Cállate". Hay muchas ocasiones en nuestras vidas en que estamos desanimados y quizás te diga la gente: "Eso sí que es imposible, es demasiado grande pedirle a Dios que responda a esa oración". O quizás te digan: "Es demasiado pequeño, a Dios no le importan cosas tan pequeñas". Pero nosotros tenemos que ser como Bartimeo, tenemos que perseverar y seguir clamando al Señor.

Imaginemos a Bartimeo, él no escuchó a esa gente, sino que siguió clamando: "Hijo de David, ¡ten misericordia de mí!" Jesús se detuvo, se dio vuelta y dijo a los que estaban con El: "¡Tráiganmelo!" Y cuando el hombre estuvo delante de Jesús, le hizo una pregunta. Ahora recuerden: El sabía que Bartimeo estaba ciego, pero quería que Bartimeo, con sus propios labios le pidiera lo que necesitaba.

Muchos dicen: "Bueno, el Señor sabe lo que necesito, yo no tengo que contárselo a El". Pero el Señor nos dijo que debemos hacerle conocer a El

nuestras necesidades. Lo miró y le dijo: “¿Qué quieres que Yo haga por ti?”

Hoy nuestro Dios nos hace la misma pregunta. Quiere que seamos como niños, que seamos sinceros y le digamos exactamente lo que queremos. No tengas temor ni digas: “No debo pedir esto”. Sí, El conoce tu necesidad, pero ¿qué padre se sentiría feliz si su hijo nunca viniera a él ni le contara sus necesidades? Nuestro Padre también quiere que se las hagamos conocer.

Bartimeo no dijo: “Si tienes tiempo”, o “Si quieres”, sino que inmediatamente le salió de la boca: “Quiero ver”. Siempre reinará la voluntad de Dios y Dios nos hará conocer cuál es Su Voluntad, pero a veces decimos: “Quizás no debo pedir eso” y en realidad, en el fondo, es porque no creemos que Dios lo puede hacer y que nos tocará.

Por un momento, respondamos al Señor cuando nos pregunta qué es lo que queremos. Pidámosle que toque nuestras vidas y que, si hay algún obstáculo en nosotros lo quite, si algo necesita perdón en nosotros, si tenemos heridas o quizás hemos herido a alguien, o si tenemos un resentimiento en el corazón contra una persona, pidámosle la gracia para perdonar.

### *Oremos*

“Señor Jesús, Tú estás aquí y eres un Dios de Misericordia y Amor, te pido que extiendas sobre nosotros Tu mano sanadora. Perdóname por las muchas veces que he juzgado a otros, por las veces que

he herido a otros, perdóname por las veces que he criticado. Tu Madre estuvo de pie en el calvario y no criticó ni condenó a los que te crucificaron. Ayúdanos, Jesús, a ser como ella. Que nuestros corazones sean inundados de amor, que seamos llenos de perdón como Tú lo fuiste. Señor, dame este día poder para perdonar a aquella persona que yo tenga en mi corazón y a la cual miro con amargura, a quien quizás tengo atada porque no la he perdonado. Y te pido que sanes a aquellos a quienes yo he herido". Alabado seas...

"Señor, oramos en este día que tú toques nuestras vidas, que tú sanes nuestras memorias y recuerdos". Alabado seas...

Tengo la impresión de que Dios nos está diciéndolo a cada uno: "Mi pueblo: sepan que Yo les daré la gracia. Sí, los he llevado a ser un pueblo lleno de amor por los demás. Cuando vienen a Mi Mesa para recibirme, pídanme esa fuerza que necesitan cada día. No vengan a recibirme sólo por costumbre, sino que vengan a Mí como Bartimec, con fe que espera y Yo les daré la vista, les daré una nueva visión y les daré un corazón lleno de perdón y los transformaré como Yo soy transformado en la Eucaristía". Alabado seas...

Ahora vamos a pedirles a ustedes que extiendan las manos. Y recuerden que esas manos son las que Dios usa hoy día. Vamos a pedirle al Señor que tome nuestras manos y las unja. Recuerden que cada uno de nosotros es un canal de Dios, y es el amor lo que sana. Ninguna persona tiene poder para sanar, sino Jesucristo.

Cuando el Señor andaba por esta tierra, sus manos a cada rato se extendían y hoy queremos darle a El nuestras manos, para que El nos pueda usar para tocar a nuestros hermanos. En este momento consagrémosle a El nuestras manos y pidámosle que El las use como suyas.

“Señor, te damos estas manos hoy día, te damos gracias y te alabamos porque podemos venir a Ti. Te damos gracias porque nos utilizas como tus instrumentos; nos entregamos nosotros mismos a Ti, que tu poder se mueva a través de nosotros, que nuestros hermanos sean sanados cuando te respondemos a ti, porque sabemos que cuando damos, también recibimos una gran bendición y sanación”.

Ahora pediremos por los que están en este sector. Abran los ojos y pongan las manos sobre las personas que están delante de ustedes. Y todos los demás extiendan las manos hacia este sector. Oremos por cada persona en este sector. Que mientras esta mano se impone sobre ellos, el Señor les sane en aquellas áreas de sus vidas y de sus cuerpos que necesitan sanación.

“Señor Jesús, te pido que pongas tu mano sanadora sobre cada persona, que los sanes del temor, de las heridas que tienen, que les des hoy un nuevo corazón, un corazón lleno de fe expectante. Que les enseñes cómo orar, para que te conozcan a ti y a tu Amor Sanador. Te pido que toques sus cuerpos y sanes sus enfermedades. Tú conoces quiénes tienen aquí alguna enfermedad física, que tu poder fluya a través de ellos. Quita el dolor del sufrimiento y sana lo que ves en ellos que necesita sanación. María, Madre nuestra, intercede ante Jesús, tu Hijo,

para que el poder de sanidad fluya por ellos”. Ahora oremos por ellos en el Espíritu...

“Mi pueblo, sepan que estoy con ustedes, no se desanimen porque no sienten Mi Presencia, cuando vienen a la oración. Sepan que estoy con ustedes”.



## FE Y COMPROMISO

### *Pregunta importante*

Siento que el Señor nos pregunta a cada uno de nosotros: “¿Creen ustedes que Yo los puedo sanar?” Esta fue la pregunta que Jesús hizo a los dos ciegos que llegaron a El. Sabemos que ellos dijeron: “Sí, Señor, nosotros creemos”. Y Jesús les tocó los ojos y dijo: “Que se cumpla exactamente como ustedes creen”.

Sabemos por otra parte de la Sagrada Escritura que el Señor nos recuerda cuán bienaventurados son los que creen en El.

Y cuando Jesús andaba por esta tierra, continuaba haciendo grandes señales y maravillas. Juan Bautista mandó un día a sus seguidores y les dijo que preguntaran a Jesús: “Eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro?” Y Jesús respondió: “Vayan y digan a Juan lo que ustedes ven y oyen: los ciegos ven, los cojos andan, los que sufren enfermedades de la piel quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y la Buena Nueva es predicada a los pobres. Bienaventurados los que no tienen ninguna duda acerca de Mí”.

Dios nos llama a poner nuestra confianza en El, para que aceptemos sus palabras en nuestros corazones. Si nosotros confiamos, continuaremos viendo

que Jesús sigue haciendo sus maravillas y sus señales.

Sabemos que el Señor se revela a los sencillos y muchas veces olvidamos que nuestro Dios es un Dios muy simple y nos pide que hagamos cosas sencillas y una de esas cosas es confiar.

Muchas veces la gente cree que debe hacer merecimientos para Su Amor y hacemos contrato con Dios; le decimos: "Si nosotros hacemos esto, entonces tú tienes que hacer esto otro". Pero Jesús dijo: "Vengan a mí todos los que estén cansados por llevar pesadas cruces y Yo les voy a dar descanso". Nos invitó de nuevo, diciéndonos: "Tomen sobre sí mi yugo y aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón. Porque mi yugo es fácil y mi carga ligera". Y una y otra vez Jesús recordó a sus apóstoles que no debían temer nada: "Lo que necesitan ustedes es la confianza".

Creo que ésta es una de las necesidades más grandes en nuestro mundo hoy día: realmente creer que Jesucristo vive, y confiar en El.

### *Compromiso*

Reflexionemos sobre el gran poder que tenemos dentro de nosotros y el poder resucitador de Jesús. Si tomáramos las palabras de Cristo en nuestro corazón y creyéramos realmente en lo que El ha dicho: "Cosas aun más grandes van a hacer ustedes, los que creen en mí", entonces podríamos transformar este mundo.

Jesús reunió a doce apóstoles alrededor de sí y los enseñó, los instruyó y los llevó a la conciencia de que sin El nada podían hacer, pero que con El podían hacer todas las cosas. De la misma manera, Jesús nos dice: "Ustedes, con sus propias fuerzas, no pueden hacer nada, pero conmigo lo pueden hacer todo". De modo que dentro de cada uno de nosotros, ese mismo Jesús vive, el mismo poder sanador está presente en cada uno de nosotros y yo tengo que pedirle al Señor que profundice mi fe.

Hermanos, en estos 6 años en que he sido llamada al ministerio de sanación, me maravillo de las cosas que Dios me ha permitido ver, pero también me doy mucha cuenta de la gran necesidad de compromiso en nuestro mundo. Nosotros, que nos llamamos cristianos, ¿estamos realmente comprometidos para esparcir la Buena Nueva?

Una vez leí un artículo de Douglas Hyde, el hombre que fue comunista y que se hizo católico. Decía que cuando era comunista leía todas las cosas que podían mantenerlo al día para poder propagar mejor la doctrina del comunismo. Sentía que era obligación suya estar completamente informado sobre todo lo que atañía a su progreso y no pasaba un día sin que él contara estas cosas a sus amigos. Pero, siendo ya católico, le impresionaba terriblemente cuando él lleno de entusiasmo por su nueva fe, llegaba a conversar con otros y ellos lo miraban a él como si hubiera perdido la mente.

Dice que él no podía dejar de pensar: "Si esta gente realmente creyera que Jesús está vivo ¿cómo podrían ser tan indiferentes respecto de comunicar

esto a otros? Si ésta es una gran noticia ¿por qué no la proclamamos?

Hermanos: ¿qué responderíamos? Hay tantas otras causas que son propagadas y tanta gente entrega sus vidas por esas causas, mientras nosotros no nos damos cuenta de que Jesús nos envía hoy día como pregoneros suyos. Jesús nos lo pregunta, como a esos ciegos: "¿Creen ustedes que yo los puedo sanar? ¿Creen ustedes que yo estoy presente aquí con ustedes? ¿Creen ustedes que todas las cosas son posibles conmigo?".

### *Un testimonio*

Deseo compartir con ustedes un testimonio de una persona con quien estuve hace unos pocos meses atrás. Viajaba en avión y me senté al lado de un caballero que había sufrido por muchos años. Era de la Armada Norteamericana, cuando unas dos semanas después de llegar a Vietnam fue capturado y encerrado durante 8 años en una cámara de torturas.

Había sido educado como católico devoto, en realidad sabía muchas cosas respecto de Dios, pero tenía que confesar que Dios no era algo tan importante en su vida. Cumplía fielmente en ir a la Iglesia.

Y este hombre se encontraba ahí, arrojado en una cárcel por 8 años. Durante ese tiempo lo torturaron mucho, pero no podía contar las cosas secretas que sabía de la Armada. Una noche en un momento de desesperación clamó a Dios diciendo:

“Señor, si tú estás realmente vivo, por favor ayúdame!” Y en ese momento la pieza se llenó de una luz maravillosa y experimentó que la luz venía hacia él y penetraba dentro de él. Sus piernas estaban llastadas por las torturas constantes, pero a medida que la luz atravesaba sus piernas, desaparecía el dolor. En ese momento supo que Dios vivo estaba presente en esa pieza.

Momentos después, entró el guardia encargado de torturarlo y cuando el guardia tomó los pies y comenzó a golpearlos con una barra de hierro, el prisionero lo miró y le dijo: “¿Por qué haces esto conmigo?” Fue la primera vez que él tuvo fuerzas para hablar mientras lo estaban torturando. Y cuando el guardia se dio vuelta y miró al hombre, comenzó a gritar, porque ahí, ante sus ojos, lo veía transformado. Lo dejó y salió corriendo de la celda. Poco después este prisionero fue torturado de nuevo y por segunda vez, cuando se sentía en la profundidad de su dolor y de su ira, Dios le habló con estas palabras: “Dime: Corazón de Jesús, yo me entrego a ti”. Se dio cuenta de que en ese momento Dios lo llamaba a hacer un compromiso con El.

Con el tiempo este hombre fue liberado de la cárcel. Y me dijo: “Hermana, yo ya no podía volver a trabajar para la Armada, me retiré porque tenía un celo ardiente en mi corazón de trabajar para Jesucristo. Antes yo había hecho un compromiso por una causa, por la de la Armada Norteamericana. Y cuando me comprometí con ella, no sabía lo que ésta iba a exigirme, pero tampoco podía excusarme después diciendo: Yo no sabía que esto me iba a suceder. Lo maravilloso fue que Jesucristo vino

a mí. ¿Sabe usted, Hermana? Yo he aprendido que ser cristiano significa que debemos estar comprometidos totalmente. Y ser cristiano es algo muy exigente porque debemos estar dispuestos a sacrificar hasta la vida. Debemos estar dispuestos a tomar nuestras cruces y seguir a Jesús; pero la única promesa que tenemos, es que Jesús nunca nos abandonará. Y cualquiera cosa que haga el mundo a ustedes o a mí, Dios nos va a dar su fuerza cuando esa fuerza sea necesaria. Dios prometió estar con nosotros para siempre”.

### *¿Creemos en Jesús?*

Es muy difícil creer en las promesas de Dios si no tenemos una relación con Jesús. Jesús nos pregunta una cosa muy sencilla: “¿Crees en mí? ¿Me conoces? ¿Qué significa para ti ser llamado cristiano?”

Si no modifico mi manera de vivir, si vivo igual que los paganos, si mi fe es solamente un rito y no me modela la manera de vivir, entonces tengo que preguntarme: “¿Creo yo?”

Ustedes saben que los grandes milagros que sucedieron cuando Jesús anduvo por la tierra, suceden también hoy día. Por todas partes del mundo Dios está mostrando su poder. Creo que Dios está derramando su Espíritu, porque nos está preparando para tiempos que quizás sean muy duros. Nos está dando esta gran oportunidad para responder a El. ¿En qué otro tiempo de la historia hemos leí-

do que Dios derrame Su Espíritu de una manera tan poderosa como hoy día? En casi todos los países se está reuniendo la gente para alabar al Señor.

Estuve durante un fin de semana en la Cárcel del Estado de la ciudad donde vivimos en América y vi como Dios derramaba Su Espíritu entre toda clase de criminales. Aun los hombres que ya están condenados a muerte se reúnen cada día para alabar a Dios y cantarle.

Tres semanas atrás oí el testimonio de un mexicano que había pasado toda su vida bebiendo. Su hijita de 3 años, que lo vio en este estado, decidió hacer lo mismo que había visto hacer en la reunión donde su mamá la llevaba: puso sus manitos sobre la cabeza del padre mientras yacía ahí borracho y este padre tuvo una conversión total. Más tarde nos dio su testimonio.

También le oí a una mujer, que había sido analfabeta, que Dios le dio en menos de 3 minutos el poder de leer la Biblia.

Supe el caso de una mujer que estaba llena de cáncer y los doctores la mandaron a su casa porque parecía inútil operarla y además ella no tenía dinero para la operación. Esa pobre mujercita clamó a Jesús y creyó que Dios podía sanarla. Pocos días después un sacerdote puso sus manos sobre ella y oró por su curación. Entonces ella sintió gran somnolencia y se puso a dormir, cuando despertó le comunicó al Padre algo que lo sorprendió; dijo: "Padre, tuve un sueño y vi a Jesús que entraba y parece que estábamos en una sala de operaciones y El me hizo una operación". El sacerdote respondió: "Muy bien, entonces volvamos al doctor". Con gran

sorpresa del doctor, él no pudo encontrar rastros de cáncer, pero después de tomar una radiografía encontró claras señales de una incisión en la mujer y ella estaba totalmente sanada.

El mismo Jesús está andando por nuestra tierra y haciéndose muy presente. Nos está comunicando a nosotros su poder para salir y ser sus testigos. Estoy muy persuadida de que Dios quiere que pidamos una fe más profunda en El y que nunca demos de su fidelidad.

Ustedes saben, no siempre conseguimos las cosas de la manera que las estamos pidiendo, pero uno de los grandes gozos que tenemos es saber que Dios responde realmente a la oración, saber que Dios nos conoce a cada uno y que ninguno de nosotros será rechazado por El. Muchas veces nos cuesta perdonarnos a nosotros mismos, porque volvemos una y otra vez a la idea que si fuéramos mejores Dios oiría nuestras súplicas. Pero recordemos que Jesús ama a cada uno tal como es. Este amor de El es el que va a venir y nos va a cambiar.

### *La niñita retardada*

Voy a comunicarles dos testimonios breves que expresan este amor de Jesús y después voy a orar con ustedes. Uno es una enseñanza de cómo Jesús cuida de cada uno. Una noche yo estaba en un servicio de sanación en Liverpool, Inglaterra. Antes del servicio de sanación había una Misa; a esta Misa entró una madre que llevaba a una niñita retardada

mental. La niña hizo mucho ruido durante la Misa y una Hermana vino a mí y me dijo: "¿Cree usted que podrá hablar con todo el ruido que está haciendo la niña? ¿Le pido a la mamá que la saque fuera? ¿No crees que esta niña va a ser una molestia para la reunión?" Pensé en mi corazón: "Cuando llegó la gente a Jesús, El no rechazó a nadie. Y esta pobre madre trae a su niñita a un servicio de sanación. ¿Cómo puedo pedirle que la saque afuera?" De modo que le dije a la Hermana: "Yo puedo hablar, esto no me va a molestar a mí y oraré para que el ruido, el desorden de esta niña no moleste a los demás". Poco sabía yo lo que el Señor iba a hacer con esa niñita.

Cuando terminó la Misa me puse de pie ahí, en las gradas del Altar. La mamá que tenía la niñita había llegado desde el fondo de la iglesia hasta adelante. Cerré los ojos para orar, yo estaba orando para que el Señor nos ungiera y cuando comencé a orar esta niñita se bajó de las rodillas de su madre y vino andando a mí y juntó sus manitos y agachó la cabeza al hincarse delante de mí.

Mientras yo oraba el Señor me mostró una visión de instituciones mentales y de todas clases de cárceles, pensé en tantos miembros del Cuerpo de Cristo que están allí ocultos, encerrados y me vino una voz: "Nadie a quien yo he creado será un disturbio o una molestia". Miré a la niñita y con gran sorpresa mía, ella se levantó se fue al trono del obispo que estaba allí cerca, se encaramó en él y se sentó.

Cuando terminé la oración general, bajé al medio de la iglesia y comencé a orar por los sacerdo-

tes. La niñita se levantó, me tomó la mano y puso la mano sobre cada uno de los sacerdotes, luego llegó conmigo a los bancos y como si estuviera guiada por Dios me dejó al extremo de cada banco y se fue metiendo por los bancos y tocando a cada persona en la cabeza. Había perfecto silencio en la iglesia, mientras esta niñita retardada mental iba tocando la cabeza de todos los que estaban ahí. Muchas personas experimentaron gran sanación y se conmovieron hasta las lágrimas.

Por fin la niñita volvió a mí, me sonrió y se sentó. Y esa noche, la misma Hermana que había hablado conmigo antes, me dijo: "Las personas de esta iglesia no olvidarán nunca esta noche, en que una niñita de 3 años dirigió el servicio de sanación". Jesús quería enseñarnos que es un Dios de gran amor y que El trabajará a través de cualquiera que tenga la voluntad de ser usado.

### *Dos niños sanados*

También quiero compartir un hermoso testimonio que de nuevo demuestra cuánto nos ama Jesús y cómo cuida por nosotros. Hace algún tiempo, me pidieron que fuera al Hospital para orar por un niño que estaba en coma. El niño tenía cáncer al cerebro y había muy poca esperanza para él.

Cuando entré ese día hice una oración muy corta porque estaba en camino al aeropuerto. Ese mismo día oré por otro niño que tenía un tumor al cerebro. Los padres estaban muy desilusionados porque yo

tenía tanto apuro. Y les expliqué que no necesitaban angustiarse porque el Señor estaba allí y aunque la oración sea corta, su poder siempre está presente.

No tuve noticias de los niños sino 5 meses más tarde. Yo estaba de vuelta en esa región dando una enseñanza —y llegó una señora con un niño y las palabras: “Este es Daniel”. Yo no podía recordar quién era Daniel. Entonces ella me contó que era el niño que por 5 u 8 meses había estado en coma. Me dijo que habían estado muy desilusionados esa mañana, porque parecía que no había sucedido nada. Y me dijo: “Nos preguntábamos si había valido la pena llamar a la Hermana”.

Pero, con gran sorpresa de ella, a la mañana siguiente, cuando llegaron ella y su marido, el niño había salido del coma y, poco a poco, fue ganando fuerzas. Terminó diciendo: “Hermana; y aquí está Daniel”. Daniel, que había estado paralizado estaba ahora corriendo por ahí y era un niño feliz.

El otro niño que tenía un tumor en el cerebro, fue llevado a ser operado menos de 15 minutos después que pusimos las manos sobre él. Pero no pudieron operar, porque el tumor estaba en un lugar tan peligroso. Había pocas esperanzas de vida, sin embargo el tumor comenzó a reducirse y a las pocas semanas estaba del tamaño de la cabeza de un alfiler. Hoy día, también está sano ese niño.

Recuerden que para nuestro Padre no hay nada imposible.



## MANERAS DE SANACION

En el Evangelio vemos que Jesús sanó de muchas maneras diferentes. Vamos a conocer algunas de estas maneras y le pediremos al Señor que podamos pedir como pidió Jesús.

### *Sanación interior*

Leemos en Mc. 2,3-5: "Le trajeron a Jesús un paralítico y como no podían acercarse a El a causa de la multitud, sacaron el techo de donde estaba Jesús y haciendo una abertura bajaron el lecho en que yacía el paralítico. Al ver Jesús la fe de ellos dijo al paralítico: Hijo, tus pecados te son perdonados".

Si estuviéramos todos reunidos en una Iglesia y llegaran algunos que no pudieran entrar porque la Iglesia estaba llena y esas personas subieran al techo y comenzaran a sacar las planchas del techo, llamaríamos a la policía para detener la destrucción. Cuando cuatro hombres trajeron el paralítico a Jesús, estaban desesperados y querían que Jesús sanara a su amigo. Y con gran sorpresa de ellos, no dijo inmediatamente: "Levántate y anda", sino "Tus pecados te son perdonados". Lo más importante en ese momento era la sanación espiritual de ese hombre.

Yo veo esto como una gran lección sobre las cosas a que debemos dar la preferencia. Cuando oro por una persona, lo más importante para mí es que sea sanada espiritualmente. Y cuando oramos por personas queridas o personas que están muy enfermas en lo físico, siempre debemos mirar primero la gran necesidad de sanación espiritual.

Hoy día Jesús nos dice lo mismo. Yo encuentro que mucha gente viene a mí, suplicando que yo ore por sanación física. Voy a compartir con ustedes el testimonio de un hombre que vino con el único deseo de sanación física y sin embargo el oyó lo mismo que ese paralítico: "Tus pecados te son perdonados".

Recibí un mensaje por teléfono de una familia muy rica. El marido se estaba muriendo de cáncer y habían consultado muchos médicos y cirujanos para ver si era posible salvar la vida de ese hombre. Por fin, alguien les dijo que en Florida había una religiosa que tenía el don de sanar, e inmediatamente acudieron a mí.

Fui a visitar al hombre en el Hospital. Cuando entré a la pieza el hombre comenzó a gritar, diciendo: "Por favor, haga algo para salvarme". Entonces me dijo que hacía muchos años había llegado a ser muy rico y se había dicho que ya no necesitaba molestar a Dios ni pedirle nada, porque él tenía una gran fortuna y se bastaba solo. Y me dijo: "Usted sabe, yo nunca me he vuelto hacia Dios". Así pues, no solamente estaba enfermo su cuerpo, sino que también le faltaba paz, no sabía qué iba a hacer, ya que iba a morir.

Entonces me senté al lado de su cama y le repetí la historia del hijo pródigo. Le dije que sí, que iba a orar por su sanación física, pero que me parecía que lo que más necesitaba era la sanación de su alma. Por último, tomé su mano y oré por él. A cada instante él me preguntaba si yo creía que él iba a sanar porque tenía un único deseo: sanar su cuerpo.

El contaba con muchos amigos que eran presidentes y gerentes de grandes compañías, pero ninguno de esos amigos podía darle ánimo ni ayudarlo de ninguna manera.

Una semana más tarde volví a verlo en el Hospital, cuando entré él estaba ahí acostado con mucha paz. Lo que le interesaba ahora no era la salud física. Dios lo había tocado y le había dado una gran curación espiritual: ya no tenía temor a la muerte. Menos de una semana más tarde, murió.

Muchos no creyentes dirían: "Bueno, la monja no lo sanó, murió". Sin embargo él tuvo la curación más importante que podemos pedir.

Poco después de su muerte, un amigo de él me mandó llamar. Y esos hombres de negocios me contaron que, estando junto a su lecho un día, este hombre se volvió a ellos y les pidió: "¿Pueden ustedes orar conmigo?" Ninguno de ellos pudo orar con él, porque habían dedicado toda su vida a las cosas de este mundo y para ellos Dios era una persona desconocida. Estos hombres me preguntaron: "¿Qué es lo que usted dio a Stanley (el enfermo) cuando vino a visitarlo? Nos damos cuenta que también nosotros necesitamos eso mismo, porque pudimos ver la transformación de nuestro amigo en el lecho de su muerte. No pudimos hacer nada por él, pero

parece que usted, en 5 minutos, lo ayudó para esa transformación”.

De modo que la sanación de él en este caso no fue la salud física, sino su salud espiritual.

También no hace mucho la madre de cuatro niños estaba muriendo de leucemia. Y cuando le dijeron esto a ella, se turbó mucho. El día que el doctor se lo dijo, él envió un sacerdote a la pieza de la enferma para que ella aceptara el hecho y se volviese a Dios. Y ella me llamó, dos noches antes de morir en la Clínica, y me dijo: “Hermana, yo sé que Dios cuidará de mis cuatro niños”.

Supe después que esa mujer que se estaba muriendo, estaba —al mismo tiempo— rezando por la salud de otras personas. Ella también había dejado la Iglesia Católica y gracias al sacerdote que la había visitado el día que supo la proximidad de su muerte, había recibido una gran curación espiritual. Ella también oyó, a través de ese sacerdote, la palabra de Jesús: “Tus pecados te son perdonados”.

De modo que ustedes ven que lo que sucedió ese día con esa muchedumbre, sigue sucediendo hoy en día. Ahora vamos a detenernos un momento y vamos a orar pidiendo salud espiritual para todos nosotros; que Dios nos toque a nosotros y nos dé esa salud espiritual. Sabemos que siempre y cada día que vayamos al sacramento de la reconciliación, las sanaciones más grandes se efectúan porque, a través del sacerdote, Jesús nos dice continuamente: “Tus pecados te son perdonados”. Pero, generalmente, nos preocupamos más de lo que está fuera de nuestra envoltura que de lo que está dentro. Y porque no vemos dentro de nosotros, nos olvidamos que nece-

sitamos a acudir a Dios y pedirle que El nos renueve interiormente.

Volvámonos a El ahora para un momento de oración. Cierren los ojos, extiendan las manos y pidámosle que nos toque de igual manera como tocó a ese hombre que fue dejado caer a través del techo. Sabemos que Jesús no solamente lo sanó espiritualmente, sino también físicamente. Muchas veces cuando somos sanados interiormente de nuestros pecados, nuestros cuerpos también recobran salud.

Oremos: Señor Jesús, te alabamos y te damos gracias por tu amor y por tu perdón. Te damos gracias, Señor, hoy día, por tu misericordia. Señor, sabemos que, continuamente, nos dañamos a nosotros mismos por el pecado; Señor, tú nos llamas a venir a ti; Jesús, tú nos dices una y otra vez que nos quieres perdonar. Señor, te pedimos que, hoy día, nos sanes espiritualmente; pedimos tu fuerza para sobreponernos a los pecados y debilidades en nuestras vidas. Señor, muchas veces nos hacemos propósitos y sin embargo caemos; pero tú nos dijiste que estarías con nosotros; que nos volviésemos a ti y que tú nos darías la fuerza que necesitamos. De modo que, hoy día, sana Señor y perdona nuestros pecados y danos fuerza para superar las debilidades. Te pedimos, Señor, que podamos mantener nuestros ojos en ti y recordemos que este mundo no será nuestra patria para siempre, que estamos en camino hacia nuestra patria eterna. Te pido, Señor, que coloques tus ángeles alrededor de mí, que tú me guardes de los engaños y tentaciones del demonio y que nos des valor. Amén.

## *Sanación a distancia*

El pasaje siguiente es de Mateo 8,8-13 y recuerda la sanación del siervo del Centurión. El Centurión dijo: "Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo, solamente di una palabra y mi criado sanará". Y Jesús se maravilló y dijo: "De cierto digo que, ni aun en Israel he hallado tanta fe". Entonces Jesús dijo al Centurión: "Ve y como creíste te sea hecho". Y su criado fue sanado en aquella misma hora.

En este testimonio, descubrimos que ese oficial romano tenía gran fe, suplica a Jesús que sane a su siervo, pero no creía necesario que Jesús fuera personalmente. "Di la palabra, da la orden y mi siervo sanará". El Señor se maravilló de la fe de ese hombre y le dijo: "Vete a tu casa y lo que tú crees eso se cumplirá". Jesús sanó a distancia.

En el mundo de hoy, Jesús continúa sanando a su pueblo, aun cuando los que oramos estemos lejos del enfermo, El nos llama a creer que El está presente en todas partes del mundo y nos llama a tener confianza en las oraciones que hacemos por los seres queridos y por los seres que no están delante de nosotros. Como Uds. saben, mi ministerio lo llevo a cabo en gran parte por teléfono; muchas veces me he encontrado orando por personas que están en otra parte del mundo, en Australia o en Africa, y después he recibido cartas diciéndome que esas personas habían sanado después de una corta oración por teléfono.

Hace unos pocos meses oí un testimonio muy hermoso de una madre que vino a Florida, cuando

yo estaba predicando en una Parroquia. La señora tenía una hija en Irlanda que estaba confinada a una silla de ruedas, pero su problema principal era que tenía una personalidad muy difícil, no podía avenirse con otra gente y hacía muy dura la vida de los que la rodeaban. La madre se preocupaba mucho, porque la enferma producía división en esa numerosa familia.

La madre me preguntó si yo podría orar por esta niña cuando yo llegara a Irlanda. Le respondí diciendo: "No iré pronto a Irlanda, pero podemos orar por ella aquí mismo". Y ese domingo por la mañana oramos pidiendo al Señor que sanara en esa enferma todas las heridas que la convertían en una persona tan amargada, irritable y agresiva con los demás.

Tres meses más tarde, volví a Irlanda para predicar y me encontré con esa niña: sus hermanos, que eran doctores, me contaron que desde ese mismo domingo en que oramos por ella, ellos habían notado un gran cambio en la personalidad de la enferma, notaron que en vez de estar siempre quejándose comenzó a agradecer y a mostrar cariño hacia las personas que la ayudaban. Antes, nadie quería estar con ella, pero ahora ella atraía a los demás y gustaban de estar con ella.

La madre me contó después: "Cuando volví a Irlanda, deseaba ver cómo estaba mi hija y tan pronto como entré donde estaba ella, me di cuenta que ella tenía otro espíritu, estaba distinta de antes". Sucedió con la madre exactamente como sucedió con el Centurión que le pidió a Jesús que sólo dijera una palabra.

En noviembre del año 1977, en México, fui a orar junto a la cama de un sacerdote que estaba muy enfermo. Tenía cáncer a la columna y sufría grandes dolores. Oré con él y me despedí. Dos días más tarde me encontré con un grupo de sacerdotes que pertenecían a la misma congregación del enfermo, durante una reunión. Entonces, llegó una señora con la noticia: "El sacerdote enfermo está gritando de dolor en el Hospital y quiere que de alguna manera le aliviemos". Todos me miraban, entonces me volví a los sacerdotes que estaban ahí y les propuse: "oremos ahora mismo por él".

A la mañana siguiente, el Evangelio de la Misa era precisamente este pasaje y uno de los sacerdotes que había estado presente en la reunión dijo: "Anoche yo vi una repetición de este mismo Evangelio cuando vino la dueña de casa por los dolores del enfermo. Yo creía que la hermana invitaría a todos a ir al Hospital para orar, pero con sorpresa mía, ella no se movió sino que propuso orar allí". El sacerdote cayó en la cuenta que Dios nos llama a reconocerlo presente en todos los lugares. El no espera que nosotros estemos acudiendo de un lugar a otro para orar por los enfermos, pero podemos dirigirnos a Jesús que está junto a ellos.

Varios meses más tarde, supé que ese sacerdote se recuperó notablemente. Y antes de venir a Chile, pasé por México y me han dicho que ese sacerdote volvió a su trabajo y que le va muy bien. Por eso creo que Jesús también nos dice a nosotros: "Ve a tu casa, que se hará según tú has creído".

Estoy segura que ustedes tienen muchos amigos, conocidos y seres queridos en diversas partes del

mundo, que pueden estar enfermos; pueden tener una necesidad física, mental o financiera; lo que sea. Nosotros, como el Centurión, podemos decirle a Jesús: "Di sólo una palabra". Y podemos pedirle que El los toque con su mano dondequiera que estén. El poder del Señor está ahí presente para sanarlos. De modo que, detengámonos aquí y oremos por todos aquellos que tenemos en nuestro corazón hoy día, creyendo como ese Centurión, que basta que Jesús dé una orden y estas necesidades se remediarán.

Oremos: Señor, sabemos que estás presente con nosotros aquí esta noche. Y sabemos también que estás presente con nuestros seres queridos en distintas partes del mundo. Sabemos, Señor, que la distancia no es ningún impedimento para tu poder sanador. Señor, en este momento levantamos hacia ti nuestra familia y te pedimos que tú los sanes espiritualmente; Señor, dondequiera que estén en este momento, sánalos con tu contacto salvador. Te pedimos, Señor, que envíes un ángel de luz para iluminar a los seres queridos que están alejados de ti. Te pedimos, Señor, que toques aquellos que buscan la paz de la mente y del corazón en otros lugares que no son tú mismo. Y te pedimos, Señor, que bendigas los hogares de todos los miembros de nuestra familia. Te pedimos, Señor, que bendigas los matrimonios de esas personas que amamos. Te pedimos que sanes a las personas que tienen problemas matrimoniales; te pedimos, Señor, por sus hijos, que tú los toques esta noche con tu amor de sanación. Y en este momento pedimos por esos miembros de nuestra familia que necesitan este contacto tuyo. Pedimos, Señor, por todos los que están en-

fermos en su cuerpo. Señor, tú estás con ellos, pon tu mano sanadora sobre ellos y que tu poder sanador fluya a través de su cuerpo; sana, Señor el dolor que sufren; y que sientan tu amor en este momento. Protéjelos, Señor, del desánimo y la desesperación y llénalos de tu esperanza. Y oramos también por la familia con que vivimos todos los días; y sana, Señor, todas las necesidades que tenemos en nuestros hogares. Pedimos, Señor, por todos nuestros amigos que están en el Hospital, quienes tienen también enfermedades incurables. Te pedimos, Señor, que digas tu palabra y los sanes. Nosotros creemos, Jesús, y te damos gracias, Señor, por lo que estás haciendo esta noche en la vida de estos seres queridos. Que podamos oírte, Señor, esas palabras: "Vuelve a tu casa y ten confianza de que se hará según has creído". Y el criado del Centurión fue curado en ese mismo momento. Amén.

### *Sanación gradual*

La lectura siguiente es de Marcos 8,22-25: " le rogaron que le tocara y entonces dijo el ciego: 'Veo los hombres como árboles, pero los veo que andan'. Entonces Jesús le puso las manos una segunda vez sobre los ojos y le hizo que mirara y fue restablecido y vio de lejos y claramente a todos".

Veo aquí un caso de sanación progresiva: el ciego no fue sanado del todo en el primer momento. Jesús lo tocó de nuevo y completó la curación. Hoy en día sucede muchas veces que oramos y porque

no vemos una sanación inmediata, nos desanimamos. Creemos que si no sucedió cuando pedimos por primera vez, ya no va a suceder. O también pensamos que nuestras oraciones no sirven, no tienen eficacia y por eso no seguimos orando.

Hermanos, Jesús nos llama a perseverar en la oración. Muchas veces, cuando oramos, Dios comienza una curación. Frecuentemente, primero han de ser sanadas ciertas áreas de nuestro ser, de las cuales no nos damos cuenta. Pero nos desanimamos porque no vemos la sanación física inmediatamente.

Creo que hoy en día se están dando muchas sanaciones, pero veríamos muchas más si fuéramos pacientes y supiéramos esperar y perseverar. No deberíamos sentirnos culpables o como que tuviéramos poca fe si seguimos pidiendo por nuestras necesidades. Algunas veces, hay personas que se disculpan diciendo: "Ya oraron por mí, de modo que no voy a pedir de nuevo que oren por eso mismo". Sigán pidiendo y al mismo tiempo sean perseverantes en agradecer a Dios lo que El está haciendo, porque El siempre está respondiendo a nuestra oración.

Pertenezco a una Comunidad de Oración en Clearwater, de Florida. Había allí una mujer que venía de vez en cuando a nuestro grupo, no venía siempre. Era ciega y la guiaba un hermoso perro entrenado. Yo la había visto muchas veces y había orado con ella. Y cuando venían personas muy conocidas, como el Padre MacNutt o el Padre Scanlan, que tienen un ministerio de sanación, ellos oraban también por esta señora. Pero parecía que nada sucedía y ella seguía viniendo con su hermoso perro

y a pesar de la aparente falta de respuesta, no se cansaba de pedir al cura párroco y a otros que oraran por ella.

Un día, Mike Scanlan le dijo que él creía que sanaría y ella respondió: "Sí, sanaré cuando llegue al cielo y pueda ver a Dios". Pero, otro día, vino un ministro protestante, quien oró también por ella. Más o menos una semana más tarde, al despertar, ella extendió, como de costumbre, el brazo para tocar al perro que siempre estaba a su lado y tuvo la enorme sorpresa de poder ver la alfombra. Su primera impresión fue un terrible temor..., y pensó: "No le voy a contar a nadie que desde este momento puedo ver". Esperó así unos días, pensando que, quizás, no era verdad que habría recobrado la vista. Fue a ver al doctor. Y después de examinarla el doctor le explicó que ella había tenido esclerosis múltiple y que había sido sanada de esa enfermedad. La esclerosis múltiple era la causa de su ceguera; por eso, al sanar de la enfermedad, había recobrado la vista. Le añadió que volviera a la semana siguiente para hacerle una receta de anteojos.

Entretanto, ella volvió de nuevo con su perro al grupo de oración. Estando detrás de mí en la reunión de oración, me tocó el hombro y me dijo: "Me gustaría verla". Yo creí que ella quería hablar conmigo, de modo que le dije: "Muy bien. La voy a ver después de la reunión". Pero, pocos momentos después, ella dejó al perro ahí y subió a hablar por el micrófono. Entonces contó a toda la gente lo que había sucedido. Dijo también: "Nunca había caído en la cuenta, antes de esa mañana en que recibí la vista, que mi ceguera había llegado a ser una segu-

ridad para mí y que en el fondo no quería sanar. Cuando sucedió el hecho, creo que no lo deseaba, a causa del cambio que esto introducía en toda mi vida. Ustedes saben, ahora tengo que devolver el perro y hacer que lo entrenen de nuevo. Ya no voy a recibir mi pensión de ciega; ya no habrá gente que me excuse y ayude. Habiendo recobrado la vista, tengo nuevas responsabilidades”.

Añadió también que a su juicio ninguna de las oraciones había sido inútil; todas habían sido oídas y habían resultado ser como baldosas o piedras de apoyo hacia la completa salud.

Hermanos, ahora vamos a pedir la gracia de no desanimarnos cuando nuestras oraciones, aparentemente, no tienen respuesta. Debemos confiar y perseverar, mientras el Señor no nos indique claramente otra cosa. Nuestras oraciones siempre tienen alguna respuesta y muchas veces van preparando el resultado final.

Oremos: Señor, te pedimos que aumentes nuestra confianza y que continúes la curación que estás haciendo en nosotros. Sabemos, Jesús, que a veces nos impacientamos, a veces no vemos lo que haces en nosotros y nos olvidamos de decir “gracias”, pero tú nos pides que digamos “gracias” creyendo que estás actuando. Sabemos que cuando sanaste a los diez leprosos, fueron sanados cuando iban caminando y volvió uno sólo para dar las gracias. Jesús, esta noche decimos “gracias” por lo que estás haciendo en nosotros y en nuestras familias y creemos que cada vez que acudimos a ti, tú extiendes tu mano con amor para decirnos que no temamos, que no nos

vas a desilusionar. Hacemos estas peticiones en tu nombre, Jesús. Amén.

### *Ocasión de gloria de Dios*

Esta vez la lectura es de san Juan 9,1-3, sobre el ciego de nacimiento. Aquí encontramos a los apóstoles que preguntan: "¿Quién cayó en pecado? ¿Fue él o fueron sus padres? Jesús responde: 'Ese hombre está ciego para que se manifieste en él el poder de Dios' ".

Estoy segura que ustedes han notado, así como yo, que muchas veces las personas que menos esperamos experimentan grandes curaciones. Más fácilmente esperaríamos una sanación en una persona muy santa y sin embargo, muchas veces el poder de Dios se manifiesta en personas que ni aun creen en El, en personas que han tenido una vida de crimen, o en personas que han combatido a Dios. Entonces nos preguntamos por qué querría Dios tocar a esa persona. La razón está en que se trata de un milagro en el cual Dios quiere manifestar su bondad y atraer a los demás a la conversión.

Recuerdo un caso que me pasó en una ciudad universitaria. Me pidieron que diera una enseñanza en una universidad benedictina. Atravesando los jardines de esa universidad con un sacerdote, nos encontramos con un joven que tenía un yeso muy grande en su brazo. El sacerdote le dijo: "Esta es Sister Brieger, ella tiene el don de sanar y podría orar contigo". El joven me miró y dijo: "Yo no quiero

que rece por mí ninguna loca". El sacerdote dio explicaciones: el joven estaba causando muchas molestias en esa Universidad. Me dijo: "Este joven piensa y dice que Dios está muerto y está empeñado en tratar de convencer a otros de lo mismo, de modo que no se preocupe de él".

Entré en la sala donde me iba a encontrar con un grupo de estudiantes y, unos momentos más tarde, ese joven con yeso entró en la pieza y se sentó al lado mío. Me dijo: "Yo vengo aquí solamente para ver cómo se comportan estos fanáticos".

A medida que yo iba hablando, él comenzó a gemir, se veía que su brazo le causaba mucho dolor. Pero, más o menos en la mitad de la conferencia, él comenzó a darme golpes. Me aparté un poco, pero él seguía. Ya se estaba sublevando mi temperamento irlandés y sentía impulsos de contestarle con otro golpe, pero me pareció que no caería bien entre los estudiantes si vieran que, en vez de una enseñanza, yo comenzara a pelear. El joven seguía golpeándome y yo le di la espalda, pensando: "Este está bajo la influencia de drogas".

Pero cuando tuvimos un descanso, él se volvió a mí y me dijo: "Tengo que hablar con usted". Salí con él al corredor y él me dijo: "¿Podría usted orar conmigo? Yo tengo que decirle lo que sucedió conmigo mientras usted hablaba ahí. Usted ve este yeso que estoy llevando. Esta mañana me agarré a puñetes con otro joven en la universidad; cuando él me hizo el quite y yo golpeé con todas mis fuerzas contra la pared, me rompí mi brazo en dos lugares. Entonces fui a la Posta y me pusieron un yeso temporal, porque mañana me van a asentar los huesos. Mien-

tras usted daba su enseñanza, no sé si usted se dio cuenta, pero sacó la mano y la puso sobre mi yeso. Usted estaba dando su propio testimonio y en ese momento, contaba como usted había oído una voz que le decía: "Briege, tienes el don de sanación, ve a usarlo". Cuando oí esas palabras sentí como un cuchillo caliente que me atravesaba el brazo y entonces comencé a golpearla para llamar su atención. ¿Quiere usted orar conmigo?" De modo que, por unos cinco minutos estuve ahí parada con él y oré con él. Entonces me detuve y él dijo: "Por favor, siga orando". Me despedí de él, entré a seguir la enseñanza y él salió.

Unos diez minutos después, él entró de nuevo, pero ya sin el yeso. Y dijo: "Vea usted lo que ha sucedido". No había ni rastros de descompostura en su brazo. Y uno de los sacerdotes me escribió después sobre eso, que fue como la conversión de San Pablo.

Si este joven hubiese sido un fervoroso apóstol dedicado a Jesús, entonces la gente habría dicho: "Esta curación es sólo imaginación de él". Pero este joven había estado haciendo propaganda contra Dios y diciendo que Dios estaba muerto y había estado riéndose de las personas que creían. Después, a causa de su gran transformación y de la curación notable que se había efectuado, Dios usó este hecho como una gran señal para atraer a la conversión a muchas personas. Ahora, este joven está predicando a Jesús que vive. Yo estoy segura que Dios permitió esto para que se diera gloria a Dios y para que pudiesen ser tocados muchos corazones.

Sabemos que eso es lo que sucedió con ese ciego de nacimiento. Recuerden que los fariseos continuaban preguntándole: "¿Qué es lo que te sucedió a ti?" Y muchas personas se maravillaron de lo que se había efectuado. Así se cumplió lo que había dicho Jesús: que ese hombre estaba ciego para que de ahí resultase gloria al Padre, a través de su sanación.

Nosotros también estamos llamados a agradecer y a no tener temor de dar un testimonio, cuando Dios toca nuestras vidas. Por mucho tiempo, muchos de nosotros hemos pensado: "Lo que Dios hace en mí no interesa a los demás". Pero, ustedes y yo, estamos llamados a contar los beneficios de Dios. Ensalzamos y honramos a tantas personas, por ejemplo en el cine y en los deportes; y cuando pensamos en Dios, muchas veces nos sentimos cohibidos para contar lo que Dios ha hecho en nosotros. Dios nos llama a no sentir temor y a dar testimonio de su gran bondad, porque Dios puede usar el testimonio de ustedes y de lo que lleva hecho en la vida de ustedes para hacer un bien a los demás.

Hay millones de personas, en este momento, que están en la Renovación de la Iglesia, precisamente porque han oído testimonios de unos y de otros, sobre curaciones y transformaciones de vidas. Yo puedo contar sobre lo que ha pasado a otras personas, pero cuando comparto lo que me ha pasado a mí, la gente piensa: "Si Dios lo ha hecho para esta persona, también lo puede hacer por mí". Detengámonos para pedir la gracia de testimoniar y para que lo que Dios ha hecho en nuestra vida, sirva también para la gloria de El ante los demás. Como el ciego

de nacimiento, vayamos también alabando y glorificando a Dios.

Oremos. Señor Jesús, te alabamos por las veces que has tocado nuestras vidas, te alabamos por las muchas sanaciones que se han efectuado en nosotros, te pedimos que nos perdones por las veces que nos hemos sentido avergonzados de dar testimonio a nuestros hermanos. Te pedimos, Señor, en este día que nos des mucha valentía para testimoniar a nuestros hermanos las maravillas que tú haces en nosotros. Te pedimos que nos des, como a María, esa gracia de magnificar al Señor. Te pedimos que nos uses para traer gloria a tu Padre y para traer nueva vida a nuestros hermanos, que puedan llegar a creer a causa de nuestro testimonio. Amén.

En esta oración yo pienso en María, cuando ella fue a visitar a Isabel e Isabel se maravilló de que la madre del Señor viniera a visitarla. María no negó este hecho, pero en gratitud y reconocimiento, cantó el Magnificat (Lc. 1,46-55). Ella agradeció a Dios su bondad hacia ella, no negó lo que Dios había hecho. Cuando nos dicen: "Gracias por lo que usted ha dicho, por haber compartido esto conmigo", no nos hagamos los humildes, negando lo que dicen, sino, agradezcamos a Dios, y como María, que sea un engrandecimiento del Señor.

### *Contacto con la mano*

La última lectura es de Mateo 9,20-22. Trata de esa mujercita que pensó: "Si yo pudiese entrar en contacto con Jesús, si pudiese tocar el borde de su

manto, yo sé que quedaría sana". Y vemos, también, que cuando llegó a tocar ese manto de Jesús, Jesús supo que el deseo de esa mujer fue de entrar en contacto con El.

También descubrimos en las Escrituras que, muchas veces, Jesús extendía la mano y tocaba a los enfermos. Sabemos al mismo tiempo que no era necesario que lo hiciera, pero Jesús usó una gran variedad de maneras para sanar y una de las maneras, muy frecuente, fue ese contacto con el enfermo. Esa es la razón porque Jesús, hoy día, usa las manos de ustedes y las mías. No significa que, cuando tocamos a un enfermo seamos nosotros los que lo estamos sanando, pero estamos haciendo en fe lo que Jesús hizo, estamos poniendo nuestras manos y tocándonos unos a otros sabiendo que Jesús sabe que queremos entrar en contacto con El.

El contacto con la mano es un acto natural. Tocamos a una persona, cuando la vemos afligida y le decimos: "No tengas cuidado, no te preocupes". Jesús hacía eso, El ponía las manos sobre una persona y decía: "No tengas miedo". A través de nosotros El continúa haciendo esto mismo.

Voy a compartir un testimonio hermoso, en el que creo que Jesús usó este punto de contacto. En 1974, yo estaba en Indiana, en un gran estadio donde había más de 30 mil personas. Después de una sesión de sanación, me fui al estado de Luisiana y un sacerdote allá, me preguntó si podría visitar a un hombre que estaba enfermo. Resultó que este hombre había estado en la misma reunión en que estuve yo. Esto es lo que me dijo: "Probablemente soy el único que entré a ese servicio de sanación con bue-

na salud, para después enfermarme, desde ese mismo día, pero ahora me estoy recuperando. Gracias a mi enfermedad usted ha venido a verme y tengo algo que decirle”.

Me preguntó: “¿Ud. me ha visto en otra ocasión?” Yo le dije: “No. Nunca lo he encontrado a usted”. “Pero yo le voy a contar una historia”, dijo él “que demuestra el amor de Dios por su gente y cómo podemos entrar en contacto unos con otros, aun de paso, si Dios usa ese contacto. Una semana antes de esa reunión en el estadio, una sobrinita mía estaba muriendo de leucemia en el Hospital y yo había oído que usted oraba por muchas personas que tenían diversas formas de cáncer y que sanaban. También sabía que Dios podía sanar de cualquiera manera que El quisiera.

Y ese día en el estadio yo pensaba: “Si yo pudiera entrar en contacto con la Hermana Briege. Sé que ella no es la que sana, pero tú la ungiste a ella”. Ese era el deseo de su corazón, aunque creía que era imposible, porque en ese estadio nadie podía acercarse al estrado central, sino los que iban a usar la palabra y había personas que estaban cuidando del orden, de modo que nadie podía pasar hasta el centro del estadio. “Ahora, yo estoy seguro que usted no se acuerda de eso —me dijo—, “pero ese sábado por la tarde, usted fue subiendo por las escalinatas del estadio y usted se acercó adonde yo estaba sentado y me sonrió y al pasar usted puso su mano sobre mi hombro y yo tuve una incomparable sensación, como que Dios me tocaba. Yo estoy seguro que usted ni se dio cuenta de lo que había sucedido, porque yo sabía que Dios había respondido mi ora-

ción. Ahora, el sacerdote aquí presente, le va a contar qué es lo que resultó de todo esto”.

Entonces el sacerdote dijo que, al lunes siguiente de esta reunión, él fue al Hospital para ver a esa niña que estaba enferma y con gran sorpresa de él, la habían dado de alta. El tío creía que la niña sanó en el momento en que hubo ese contacto y que, aunque yo no me daba cuenta del alcance de mi acción, Dios había querido que ese fuera el momento de gracia para esa niña enferma.

Hermanos, Jesús puede usar a cualquiera de nosotros que estamos aquí presentes esta noche. Nosotros somos como alambres y Dios es la corriente, pero cuando pasa la corriente eléctrica, produce poder. Ustedes y yo estamos llamados a ser como esos alambres. Si permitimos que Dios nos use cuando alargamos las manos para orar por las personas de nuestras familias, como debemos hacerlo, entonces esta corriente pasará a través de nosotros hacia nuestras familias.

En cada familia el padre es cabeza de su hogar y como tal está llamado a ser el padre que bendice a su familia. Dios llama a los maridos a poner las manos sobre sus hijos y sobre su mujer y a orar más por ellos. Y veremos que nuestras manos comienzan a ser ese contacto y ese poder, ese poder de Jesús fluirá a través de nosotros.

Ahora vamos a hacerlo aquí mismo. Vamos a extender las manos y vamos a pedirle a Jesús que tome y unja nuestras manos; en seguida vamos a poner nuestras manos sobre la persona que está al lado nuestro y en el momento en que entremos en contacto unos con otros, vamos a pedir a Jesús que

pase a través de nosotros esa corriente. Primero, levantemos nuestras manos a El para que las consagre y luego vamos a dedicar y dar nuestras manos a El:

Señor Jesús, nos damos a ti hoy día y sabemos que tú estás aquí en medio de nosotros y pedimos que toques estas manos que se extienden hacia ti. Unge, Señor, estas manos y úsalas como tuyas. Que tu poder fluya a través de nosotros hacia nuestros hermanos. Y así como esa mujercita tocó el borde de tu manto, podamos entrar nosotros en contacto contigo, Señor, en el momento en que nos tocamos unos a otros.

Ahora pongamos la mano sobre la persona que está delante o al lado. Al sentir esa mano, recuerden que ha sido ofrecida a Jesús para que El te toque a través de ella. Mientras estamos orando, Jesús conoce todas las necesidades que tenemos. Ahora vamos a pedir a Jesús que los sane a ustedes, cualesquiera sean sus necesidades en este momento. Jesús está presente aquí entre nosotros y El los va a bendecir.

Ahora no repitan lo que voy a decir, sino que escuchen y dejen que la oración vaya penetrando en sus corazones. Recuerden que no tienen que sentir nada raro, sino sencillamente creer, tener confianza en que Jesús sana muy suavemente.

Jesús, yo pido que mientras estas manos están sobre los hombros de tu pueblo, tu poder sanador fluya a través de estas manos. Señor, toca y sana a todo hombre, mujer y niño que está aquí presente esta noche, tócalos y sánalos espiritualmente y te pido, Señor, que esta noche sanes los corazones

turbados de todas las personas presentes; sana, Señor, a los que están recargados de preocupaciones y cuidados. Señor Jesús, sana a los miembros de las familias que están reunidas aquí esta noche, los que están con amargura y los que están airados; sana, Señor, a todos los matrimonios que están presentes aquí esta noche. Señor, que esta noche conozcan y experimenten la gran gracia del Sacramento del Matrimonio. Señor, toca los ojos de todos los que están aquí presentes hoy día, dales una nueva visión, que puedan ver como tú ves; unge, Señor, su palabra, que seamos un pueblo que atestigua a Ti. Señor, quítanos ese espíritu crítico, quita todo lo que podamos hacer en daño con nuestras palabras a nuestros hermanos y que podamos hablar y decir solamente lo que construye tu Cuerpo. Te pedimos que toques nuestros corazones esta noche y que los llenes de amor. Sana los corazones de tu pueblo aquí, sana los corazones de los que son tibios en su religión y llénalos de tu amor. Y, Señor, te pido que sanes las enfermedades de todos los que están presentes aquí esta noche. Señor, cuando anduviste por estas tierras, tu mano tocaba continuamente a las personas para sanarlas y hacerlas íntegras y sabemos que esta noche tu mano nos está tocando a través de las manos de nuestros hermanos. Señor, que tu poder sane estas enfermedades. Te pedimos, Señor, que unjas a nuestros doctores y enfermeras y a todos los que trabajan en las profesiones de la salud, a todos los que trabajan para hacernos mejor, úngelos también y unge los medicamentos que puedan prescribirnos, que esos remedios nos traigan también la salud que necesitamos. Y, Señor, sobre

todo oramos para que tú nos ayudes a vivir en tu voluntad. Ayúdanos a vivir para ti y danos la gracia de amar, porque sabemos que tú dijiste que el amor es el don más grande y sin amor no tenemos nada. Jesús, tú eres amor, enséñanos a amar.

¡Alabemos al Señor! "Pueblo mío, sepan que yo estoy con ustedes y los invito a andar como pueblo que está salvado. No permitan que el temor les robe a ustedes mi Paz. Yo los llamo a vivir por mi Camino, los llamo a venir a mí. Vengan y dedíquenme parte de su tiempo, que yo pueda revelar a ustedes los secretos de mi Padre y del Padre de ustedes". Tengo una imagen, como que Jesús nos acerca a su Corazón y nos dice que todo lo que tiene su Padre lo ha entregado a su Hijo y que Jesús nos dice: "Yo les he entregado a ustedes todo. No tengan temor, yo estoy siempre con ustedes, yo estoy presente en todo sufrimiento. Yo les voy a dar la fuerza que ustedes necesitan. Ustedes han de perseverar en su fidelidad a mí, ustedes no han de quitarme lo que ya me han entregado, ustedes no han de decir una cosa con los labios y hacer otra con las acciones. Yo soy un Dios que los llama, los llama a venir a seguirme y que yo sea la seguridad de ustedes. Aprendan a confiar en mí. Yo les he dicho: "Busquen primero mi Reino y ustedes recibirán todas las cosas".

## **I N D I C E**

|                                  |           |
|----------------------------------|-----------|
| <b>Una historia de amor</b>      | <b>7</b>  |
| <b>Dios quiere sanarnos</b>      | <b>23</b> |
| <b>Fe y compromiso .....</b>     | <b>41</b> |
| <b>Maneras de sanación .....</b> | <b>53</b> |









## COLECCION VIDA

1. MISIONANDO CON EL ESPIRITU, Hna. Celia Arroyo, s.s.j.
2. RENOVACION Y ACCION SOCIAL, Mons. Carlos Talavera.
3. DIOS NOS AMA, Hna. Briege Mckenna, Orden de las Clarisas.
4. LA COMUNIDAD "DIOS ES AMOR", Juan José Meyers — Pedro Berríos.